

La parte interior del hombre, dice Rūmī, tiene impurezas que no se quitan sino con el agua de la gracia del Hacedor. Incluso la misma tierra tiene el signo manifiesto de la clemencia de Dios, pues recibió suciedad y dio flores como producto¹⁸⁹. Y es que si miramos el proceso por el cual la tierra es adobada con estiércol para dar sabrosos frutos o bellas flores, no puede más que asombrarse quien mira con ojos debidos. La transmutación de los elementos, así como la transmutación alquímica del alma, es siempre fruto de la gracia divina. Que la química procede de la Alquimia es bien sabido, pues la química no es más que un lenguaje simbólico que esconde el proceso alquímico por el cual el milagro de la transmutación se opera constantemente en el mundo. Aparentemente todo efecto procede de su causa, pero en realidad lo que se opera es una transmutación invisible, pues en palabras de Rūmī, “Él es un Alquimista”.

Rey Claudio: En el cielo no hay trampas

El monólogo que el rey Claudio tiene consigo mismo después de haber presenciado la obra de teatro orquestada por Hamlet en la que se reproducía su acción criminal contra su hermano y rey legítimo de Dinamarca, contiene profundas e inspiradoras reflexiones sobre el tema del perdón. Nada más empezar su discurso arrepentido, el Rey dice que el mal olor de su acción llega hasta el cielo, y compara su propia acción con el fratricidio bíblico-coránico entre los dos hijos de Adán, Abel a manos de Caín, pues dice que lleva encima el estigma más antiguo: asesinar a un hermano¹⁹⁰.

189 Cf. J. Rūmī, *Mathnawī*, vol. II, Municipalidad Metropolitana de Konya, p. 130 (versos 1799-1803).

190 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Esc. III.

El Corán reproduce este acontecimiento en un pasaje de la azora quinta, del cual se deduce que la envidia fue lo que llevó a uno de los dos hermanos a matar al otro, y da a entender que el asesinato de un inocente es lo que hace que el culpable, además de cargar con sus propias faltas, cargue también con las del inocente que mató, pues por un proceso de translación las faltas del inocente asesinado pasan al culpable asesino, quedando limpio el primero y sentenciado el segundo, cuyas moradas respectivas en el otro mundo son el jardín y el fuego. Y el pasaje coránico termina explicando que un cuervo mostró al asesino cómo debía enterrar a su hermano, y entonces se arrepintió¹⁹¹.

Un poco más adelante del monólogo del ilegítimo rey encontramos una reflexión que une indisociablemente temor, arrepentimiento, renuncia y perdón. Dice Claudio que la culpabilidad le impide rezar, pues sabe que no será perdonado porque disfruta de las ventajas obtenidas de su crimen, es decir, la corona y la mano de la reina. Así, mientras que en este mundo se puede infringir la ley y con el poder fruto del delito se puede comprar la ley, en el otro mundo, en cambio, los actos se muestran tal y como son, pues ahí no hay trampas¹⁹². Esta idea del cielo como lugar donde las intenciones de los actos se hacen manifiestas es recurrente en las obras de Shakespeare y la encontramos en el mismo drama, pues en la segunda escena del primer acto, Hamlet, que ha visto ya al espectro de su padre con armadura, sospecha de algún juego sucio, y calma su propia impaciencia (pues ha quedado con su padre a la noche para que le cuente el secreto) diciéndose a sí mismo, a su propia alma, que las malas acciones saldrán a la vista de todos, incluso aquellas que la tierra esconde, en referencia a los muertos cuyas malas acciones quedaron sin desvelar en vida.

191 Cf. C. 5: 27-31.

192 Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto III, Esc. III.

En el Corán encontramos la misma concepción en varias aleyas, por ejemplo:

“¿No sabe, acaso, que [el Día de la Resurrección,] cuando sea extraído todo lo que hay en las tumbas, y se haga público cuanto está [oculto] en los corazones de los hombres que ese Día su Sustentador estará, ciertamente, bien informado de ellos?”¹⁹³.

Veíamos también en el monólogo de Claudio que su sentimiento de culpa es puesto en movimiento por la conciencia del otro mundo, en el que no hay trampas; es decir, el temor a lo que ahí arriba pueda llegar a suceder es lo que despierta el arrepentimiento del rey asesino que le lleva a hacerse consciente de la injusticia cometida. Por tanto la adquisición del necesario criterio para discernir entre lo justo y lo injusto, entre el bien y el mal, va asociado a la noción del temor reverente, y vemos esta asociación en una aleya que relaciona el temor con el don de la luz que ilumina el camino y permite discernir:

“¡Creyentes! ¡Temed a Dios y creed en Su Enviado! Os dará, así, participación doble en Su misericordia, os pondrá una Luz que ilumine vuestra marcha y os perdonará. Dios es indulgente, misericordioso”¹⁹⁴.

Y la noción de temor va unida a la de perdón, como veíamos en el monólogo del rey Claudio, pues su conciencia de las consecuencias de sus actos en la otra vida es lo que le impulsaba a pedir perdón al cielo. En el Corán encontramos la misma relación:

“(Los) que dicen: <<¡Señor! ¡Nosotros creemos!
¡Perdónanos, pues, nuestros pecados y presérvanos del

193 C. 100: 9-11 (trad. de M. Asad).

194 C. 57:28 (trad. de J. Cortés).

castigo del Fuego!>>, pacientes, sinceros, devotos, que practican la caridad y piden perdón al rayar el alba”¹⁹⁵.

En esta aleya aparece el tema de la petición de perdón asociado a un momento del día concreto, que es justo antes del alba. El método sufí, basado en el Corán y en la *sunna*, establece también este momento para recitar una letanía o mantra: *astagfiruLlah*, cuya repetición entre setenta y cien veces, según la tradición, propicia el perdón divino, pues es Dios en tanto que *al-Gafūr* (‘El muy Perdonador’) quien perdona las faltas cometidas, tanto las que son conscientes como aquellas cometidas de forma inconsciente, y anula la sanción debida, es decir las consecuencias, en este mundo y en el otro, derivadas de las faltas. Otras aleyas que relacionan ambas nociones del temor y el perdón son las siguientes:

“Los que temen a Dios estarán entre jardines y fuentes, tomando lo que su Señor les dé. Hicieron el bien en el pasado; de noche dormían poco; al rayar el alba, pedían perdón”¹⁹⁶.

Sin embargo, volviendo al texto de Shakespeare, como dice el rey asesino, no hay perdón sin renuncia, es decir, mientras se disfruta de los beneficios obtenidos a causa de la injusticia cometida. Así, aunque la misericordia divina es un acto de pura gracia que abre la puerta al camino, sin embargo, una vez entrado en el camino es necesario renunciar a las acciones injustas para evolucionar. Por ello el Corán se refiere siempre a aquellos que obtendrán la salvación como a los que creen y hacen buenas obras, es decir, la conducta buena y justa es tan necesaria como la fe, y las buenas obras no se refieren sólo a las obras de adoración y devoción sino también a la conducta justa y ética. En otras palabras, es

195 C. 3:16-17 (trad. de J. Cortés).

196 C. 51: 15-18 (trad. de J. Cortés).

mejor ser moderado en las obras de adoración y ser justo en la conducta, que ser muy devoto y ritualista y ser en cambio injusto en la conducta cotidiana.

Consejo de Ofelia contra la hipocresía religiosa

En distintos lugares de la obra de Shakespeare leemos duras críticas a la hipocresía religiosa. Por ejemplo en las palabras que Ofelia, la amada de Hamlet, dirige a su hermano Laertes cuando este trata de aconsejarle prudencia y distanciamiento respecto al príncipe de Dinamarca. Ante el largo sermón de su hermano, Ofelia le responde que guardará la lección en el corazón, pero a su vez le aconseja que no sea como aquellos curas sin gracia que enseñan el camino al cielo, espinoso y lleno de privaciones, mientras que ellos, libertinos desenfrenados, dan rienda suelta a la satisfacción de sus placeres sin hacer caso de su doctrina¹⁹⁷.

En el consejo que da Ofelia vemos expresado un principio también clave en el sufismo: el de que sólo quien ha desarrollado las cualidades espirituales en sí mismo está capacitado para enseñarlas a los demás. En realidad, se aprende a través del ejemplo, y si las palabras no se corresponden con el carácter de quien las dice son vacías. Todos los grandes sufíes han advertido contra la dualidad entre las palabras y las acciones. Rūmī, por ejemplo, advierte en el *Mathnawī* contra aquellos falsos impostores que actúan como maestros pero no pueden guiar porque ellos mismos no tienen las cualidades que aconsejan desarrollar a los demás:

¹⁹⁷ Cf. W. Shakespeare, *Hamlet*, Acto I, Escena III.